TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

GOCES Y LIBERTADES LICITAS DE LOS ESPIRITUS.

DIOS crió á los espíritus por un acto de bondad que determinó el amor que siempre les tuvo, desde toda eternidad. Por eso sus facultades jamas las ejercen por presion. Por eso ninguna materia puede dominar sobre ellos y les queda sujeta. Por eso, en fin, segun su voluntad, niegan ó conceden á la materia misma, al hacer uso de aquellas facultades.

De esa suerte, eximidos de toda pena puramente material, dueños de sí mismos, y disfrutando de una libertad sin límites, van á donde quieren; ven, palpan y gustan solo lo que les agrada y nada mas.

Sutiles por esencia se trasladan de un punto á otro tan pronto como es el tiempo que gasta su voluntad al determinarlo. Los astros para ellos son como si no tuviesen distancia: no conocen necesidades materiales. Distínguense entre sí, se comunican sus ideas, reciben las ajenas, discuten y conversan. Ellos enlazan sus afecciones con quienes quieren. Los lazos del amor y la amistad les son manantiales de delicias. -

Su patria es la inmensidad de la creacion, tan extrema y variada, que no bastará la duracion eterna que disfrutan para que la recorran.

De todo cuanto conozcan pueden gozar. Solo les está vedado hacer mal y dar consentimiento al mal. Conocen lo bueno por el ejercicio de su razon, y lo malo por lo que descubren ser opuesto á lo bueno.

Lo malo que obran, sin conocer que es malo, no los desmerita; pero desde que lo conocen comienza para ellos la ilicitud de sus actos.

Por tanto, sus goces y libertades lícitas están en todo lo que no conocen como malo, y solo lo conocidamente malo, es lo que les está vedado por un precepto que la simple razon muestra á toda inteligencia.

CAPITULO II.

DEBERES Y OBLIGACIONES DE LOS ESPIRITUS PARA CON DIOS.

CONOCER un espíritu su propio ser, y no conocer que tuvo un Criador, jamas sucedió.

Luego que el espíritu concibe que es, su inteligencia lo conduce á su Criador: YO SOY Y MI SER NO ES MI HECHURA. Descubre en el acto que hubo quien lo criara.

Esta idea lo lleva á la investigacion, y al comprender que aunque hay otros séres que ve y conoce, todos son sus iguales ó inferiores, descubre que ninguno de estos seres visibles pudo haberle criado.

Cuando, meditando en esto, no encuentra en todo lo que vé, cosa alguna que lo haya podido sacar del NO SER, AL SER, penetra el misterio y concibe la grandeza del Omnipotente; que su existencia se revela en sus obras; y que no porque en su esencia es invisible, deja de existir de la manera mas bien demostrada.

Cuanto mas discurre sobre esta verdad, mas

claramente la conoce, y de una en otra meditacion, alcanza; que su Hacedor fué increado; como increado, único; que su bondad es inmensa y su amor sin límites.

Colocado el espíritu en esta vía tan ancha de progreso, percibe su propia pequeñez, y que ante la multitud incontable de espíritus que ha visto, su individuo no haria falta, si por acaso dejara de existir.

Esta reflexion le traé esta pregunta: ¿Por qué y para qué fin fuí yo criado? Mi Criador, conmigo y sin mí seria siempre el mismo. Ni porque yo soy El es mas, ni porque yo hubiera dejado de ser él seria menos. No me crió porque me necesitara ni porque le sea preciso, bajo ningun concepto, á su grandeza y perfecciones: ¿Por qué y para qué me crió?

El espíritu entonces se contempla á sí mismo y se siente lleno de gozo y felicidad. Y tanto mas esperimenta que ese gozo y felicidad crece, cuanto mas avanza en el conocimiento de su Criador. Esto le revela su fin. Mi Criador me dió ser únicamente para hacerme feliz.

Arrobado el espíritu con este divino conocimiento, la gratitud le inunda, y percibiendo su pequeñez, determina su voluntad un acto de adoracion, de invocacion y gracias. Desde este momento la Bondad Infinita acude á quien en su humildad así lo invoca, y aquel espíritu recibe las inagotables

revelaciones que emanan de la gracia. Dios se las ha comunicado en su amor. La caridad es ya el lazo de union entre este espíritu y su Criador. Bajo el escudo de esa santa virtud: bajo ese lazo de benevolencia divina, ese feliz espíritu percibe y siente, que su gran Dios, ese su Criador poderoso que tiene en su DEDO EL SER y no ser de todas las cosas, esconde su grandeza y omnipotencia al descender á quien lo invoca, para solo dejarse sentir entre suaves aromas y abrazos de amor.

¿Qué deberá el espíritu á tan alto y benévolo sér? ¿Qué le pide este al comunicársele tan cariñosamente? Sumision á sus inspiraciones, adoracion á El solo, correspondencia á su amor. Hé aquí los deberes y obligaciones de los espíritus para con Dios. Hé aquí lo que forma el mar inmenso de su felicidad.

CAPITULO III.

CUALES SON LOS DEBERES DE LOS ESPIRITUS PARA CONSIGO MISMO.

DESDE que un espíritu conoce su dichoso fin; SER EMINENTEMENTE FELIZ, amando á Dios y obedeciendo sus inspiraciones, conoce tambien lo que se debe á sí mismo.

El ser que fué sacado del no ser al ser, de la no existencia á la existencia mas noble; aquel á quien la sabiduría eterna de todo un Dios se le comunica: el que se ve elevado por gracia del Altísimo á tanta altura, que fuera del Omnipotente solo tiene iguales ó inferiores; ¿cómo podrá dejar de respetar en sí los designios de su Padre increado? ¿Cómo consentir que en sí se alverguen pensamientos indignos á la grandeza de su elevacion? ¿Cómo dar entrada á ideas de orgullo, cuando ve que el sumo Poderoso, el Dios de lo infinito oculta toda su grandeza aquellas veces en que como un amigo le inspira enseñanzas de sublime sabiduría?

Todo eso que el espíritu conoce, hace que conciba cuál es su deber y á que está obligado para consigo. Estos deberes y obligaciones no son otros que respetarse así mismos, como un hijo y un amigo del gran Dios; no entregarse á nada que lo degrade; apartarse con estudio de todo acto que siquiera indique la idea de sobreponerse á los otros espíritus sus hermanos.

CAPITULO IV.

CUALES SON LOS DEBERES DE LOS ESPIRITUS PARA CON LOS OTROS.

Luego que un espíritu conoce lo que se debe á sí mismo, que concibe que todo consentimiento de cosa indigna lo degrada; que está obligado á seguir las inspiraciones buenas; que se persuade que todo acto de orgullo no solo es reprobado, si no que trae consigo algunos grados de menos estima en quien lo ejerce, y que advierte que Dios mismo, siendo Dios, ninguna ostentacion hace de su poder al revelar sus verdades, conoce lo que debe á sus hermanos los otros espíritus.

El sabe bajo esos antecedentes que en obrar el bien está su merecimiento, y en esto su felicidad que lo acerca á su Criador. Y la razon, aun sin la inspiracion divina, les convence que el bien que está en armonía con la caridad ha de comunicarse á todo aquel que lo necesite, y que ningun mal ha de procurarse para otro.

Por tanto, todos los espíritus que saben todo eso, conocen perfectamente que todos sus deberes

y obligaciones para con los demas, están encerrados en aquel principio de moral divina: "Has á los demas todo el bien que puedas y deseas para tí; y no hagas á otro cosa que no quieras se haga contigo." Veamos de qué manera se desarrolla este principio en los espíritus.

Todas las inteligencias son por su esencia comunicativas. El aislamiento é incomunicacion de un ser inteligente, á mas de que seria un tormento, haria que fuese nulo para los otros. En efecto, quien conciba una idea grandiosa y no pueda comunicarla, preciso es que sufra por esto un justo pesar. Si esto es verdad, no lo es menos que las mas sábias inteligencias serian nulas en su saber para con las obras, si ese saber fuera incomunicable.

Se sigue de todo eso, que es de esencia en los espíritus ser comunicativos, y que siendo así, tienen necesidad de formar núcleos sociales, sin los cuales las comunicaciones no tendrian desarrollo.

El espacio infinito de la creacion es un abismo que los espíritus pueden recorrer; pero no es en su todo donde colocan sus núcleos sociales. Les es indispensable concentrarse en círculos mas ó menos numerosos, fijando para ello puntos determinados. Porque aunque en sus facultades está trasportarse á donde quieran con velocidad incomparable, el poner en continuo ejercicio esa facultad, sin establecerse en lugar fijo, contraria aquellos esta-

blecimientos de núcleos sociales necesarios. Esta necesidad, que muy bien se concibe, hizo que en efecto los espíritus formaran sus núcleos, ó juntas sociales en puntos convencionales y determinados: allí donde subsiste un núcleo, fácilmente se desarrolla el principio moral de que hablé.

Los bienes y males de los espíritus, aunque todos morales, son muy numerosos. Como aptos para ejercer toda virtud, lo son para adoptar vicios opuestos: y las virtudes y sus opuestos, constituyen esos bienes y esos males. Sabido lo teneis, sus actos son libres ahora se dirijan á obrar el bien, ahora se entreguen al mal. De esa libre eleccion nace su dicha ó su desgracia.

Muchísimos espíritus correspondieron, desde el principio, al fin de su creacion; y al conocer á Dios y sentir sus inspiraciones, fueron de voluntad fieles y leales. Cuanto mas se acercaron al Criador por el amor, mas felices fueron, y cuanto mas avanzaron en la santa caridad, mas virtudes lograron. El continuo ejercicio del bien les alcanzó no tener voluntad mas que para lo bueno; esa voluntad constante, se elevó á virtud siempre repelente de todo lo malo, y de este modo alcanzaron un estado en que bajo ningun aspecto aceptan el mal. Llegaron á la purificacion, y son los que en la tierra se han llamado Angeles de Dios.

Otros espíritus, por desgracia no en corto número, al conocer su propia grandeza se dejaron

poseer del orgullo. Este les hizo creer que estaban ofendidos al notar en los demas avances superiores á los suyos. Esto reveló su voluntad contra el amor á sus hermanos, y esto en fin, les infundió zelos y antipatías que no solo les causaron disgustos, si no que los llevaron á cometer actos contrarios á los adelantos del bien. Espíritus de esta clase, están moralmente enfermos, porque sus voluntades se inclinan al mal aun mas que al bien, y en este estado peligroso, la voluntad mal dirigida no pocas veces repele las inspiraciones santas y consoladoras, si no que aun suele dar entrada á la sublevacion contra los buenos consejos,

Por último, una gran muchedumbre de esos espíritus enfermos, no se decidieron por una saludable reaccion al bien; y al contrario, se dejaron dominar de ese venenoso orgullo que vino á convertirse en abominable soberbia. Entonces las inspiraciones divinas de su amante Criador y Padre, les causaron tédio; las de sus hermanos superiores en avances, rábia y encono conocido y ejercitado; la ingratitud, fruto el mas detestable de la soberbia desarrollada, se hizo en ellos ordinaria; esta les hizo ver á su Dios con desafecto, y les pesó de su creacion, solo por no confesarse inferiores. Espíritus tan pervertidos adquirieron el vicio de obrar siempre el mal y repeler el bien, así como los purificados solo aman el bien y repelen el mal. Para esos malos espíritus es una

amarga satisfaccion inducir á la maldad y propagarla, y los hombres los han calificado con el nombre de demonios.

En los núcleos de sociedades que los espíritus forman, se encuentran todas esas clases de ellos, sin mas circunstancias que las consiguientes subdiviciones que naturalmente nacen de sus respectivas simpatías. No hay dificultad en comprender esto. Natural es que á los espíritus superiores les agrade tratar entre sí cuanto alcanzan en la elevacion en que se hallan. Lo es tambien que á los débiles y enfermos les sea grato comunicarse lo que sienten en su estado defectuoso, y que se mortifiquen ante la mucha ilustracion y virtud de los superiores. Y lo es en fin, que los perversos y depravados del todo, que encuentran satisfaccion en hacer alarde de su perversidad que seria contrariada aun por los débiles y enfermos, se junten con otros de su clase en sus íntimas comunicaciones. De todo esto resulta, que en esos grandes núcleos sociales de espíritus, se encuentren multitud de pequeñas reuniones íntimas en que cada espíritu, segun sus adelantos ó atrasos morales, hallan las satisfacciones que mas les acomodan.

No obstante esas accidentales subdivisiones, como en lo general siempre se presentan casos repetidísimos en que tanto los espíritus mas adelantados y superiores, como los de las otras clases,

se comunican, sucede que en esos grandes núcleos constantemente se presenta un ancho campo para cumplir el divino principio de hacer el bien y cortar el mal.

Déjase notar en los espíritus, aun sin intencion, lo que moralmente sufren. El apartamiento voluntario de las reuniones de recreo; la abstencion de tomar parte en las conversaciones y discusiones; y el tédio y desagrado que muestran cuando se alaban virtudes y adelantos de otros, ponen bien en claro, que aquel que así obra, está moralmente enfermo y tiene necesidad de consuelos y proteccion que pueden darle los que no padecen esas angustias.

Estos, gozosos de encontrar ocasion para ejercer la caridad que Dios les ha inspirado, se acercan á los melancólicos; les hacen ver la belleza de la humildad bien entendida, que no es bajeza mostrarse iguales con quienes tienen un mismo orígen, y reconocen á un mismo Dios y Padre; que es nobleza y accion generosa que causa alegría, confesar la verdad que honra y eleva á quien lo merece; que la contrariedad y tristeza que ocasionan el celo y la envidia, amargan y desazonan los placeres lícitos, presentando ocasion de dar entrada á la soberbia, madre de la depravacion que causa la desdicha de los espíritus. Ellos, para curar á esos seres sus hermanos, no omiten medios, y se entregan á cuantos esfuerzos les sugie-

ren las virtudes; á fin de salvar á muchos, como efectivamente los salvan.

Así es como espiritualmente se ejercitan en el bien; veamos de qué manera en la preciosa vida que disfrutan los espíritus se evita el mal.

En los espíritus que han llegado á depravarse, existe la voluntad viciosa de practicar la maldad, y así como los purificados se dedican con noble empeño á salvar á todos los que sufren, sin esceptuar ni á los mismos depravados, estos se complacen en exacerbar las malas inclinaciones que advierten en cualquiera espíritu. Para esos depravados, hacer mal, es una ruin satisfaccion, aunque esta jamas se eleva á gozo, aun cuando alcancen desdichados triunfos: estos desventurados, siempre se sienten inquietos y envueltos en amarguras: sus remordimientos continuamente les ponen delante la vileza y criminalidad de sus hechos: y como desprecian á sus víctimas y sienten la penosa necesidad de dominarlas para satisfacer su soberbia, constantemente están fáltos de caridad: son verdaderamente desgraciados.

De todo esto se deduce, que en la vida puramente espiritual, hay grandes peligros morales y una lucha de inspiraciones naturales y constantes que conducen al bien, y de sujestiones perversas que arrastran al mal, nacidas, ya de la mala direccion de la voluntad propia, ya de la maldad de los espíritus depravados, cuyas sugestiones,

aunque fuertes son accidentales, y por lo mismo siempre vencibles y jamas de un vigor constante. Esta lucha que siempre termina con el triunfo del bien, es la que presenta repetidas ocasiones al ejercicio de la caridad, y á poner en práctica el principio eterno de hacer para con otros lo que se desea para sí, y no hacerles lo que no se quiere se hiciera con nosotros.

En cuanto á los espíritus enfermos, os hago presente que aun cuando su tivieza los coloca en situacion de no poder comunicar el bien moral, esa falta de accion de su caridad embotada, no es tanto que no pueda operar en sí mismo, con solo atender á los sanos consejos de los espíritus superiores, y desechar las sugestiones de los depravados. Con esto se verificará en ellos una reaccion segura, y volverá á tener vigor esa virtud santa para con los demas. Respecto á los depravados, necesario es para que alcancen esa reaccion feliz, que recorran una larguísima série de dolorosas expiaciones, y que opere sobre ellos toda la gran Misericordia Divina. Despues de un tiempo indefinido, que sus resistencias prolongan hasta ponerlo fuera de todo cálculo, por lo que se considera eterno, al fin el sufrimiento los vencerá y vendrán aunque muy tarde á la reconciliacion. En medio de su obstinacion, sobre la espontánea ceguedad de su soberbia, al parecer intransigente, y debajo del cúmulo de maldades á que se entre-